

LA ACTUACION POLITICA DE UNAMUNO Y ORTEGA

1. LA HISTORIA

Falta poco más de un decenio para que termine el siglo que tanta trascendencia ha tenido para el desenvolvimiento de la vida española. Había comenzado con signos muy alentadores que permitían otear el porvenir con optimismo. La debacle del '98 fue una forma, acaso demasiado violenta, de despertar a unas nuevas expectativas.

Se habían perdido los últimos restos coloniales, pero con las tropas se repatriaban también muchos españoles de vigorosas y saneadas haciendas. Con el advenimiento del Alfonso XII se cambió además el sentido de la política internacional, ahora de la mano de nuestros tradicionales enemigos ingleses y franceses. La política de la Restauración estaba llena de deficiencias y se encontraba poco capaz de asumir las necesidades más apremiantes del país pero al mismo tiempo propiciaba un marco de libertades suficientes por las que se podía canalizar la vitalidad de una España menos oficial.

Pero había muchas cuestiones pendientes que se arrastraron durante todo el siglo XIX y algunas nuevas derivadas de la deficiente y desigual modernización de un país que, como tal, tenía extraviada su identidad desde la Guerra de la Independencia.

El resultado de la forma como se barajaron esos ingredientes fue la guerra civil, punto de referencia de toda la Historia de España contemporánea. Hoy se tiende cada vez más a no entender ésta como un puro acontecimiento militar sino como algo mucho más profundo que incluso podría haberse resuelto sin necesidad de recurrir a una forma tan drástica. La paz fue posible —siempre lo es cuando se plantea en toda su amplitud a pesar de la gran cantidad de problemas existentes tanto en el ámbito nacional como en el internacional. Pero algunas torpezas y no pocas frivolidades radicalizaron a los españoles —desilusionados con una República de la que todos esperaron las soluciones a sus problemas— en torno a dos posturas extremistas.

La gestación de la contienda había sido lenta e incubada a lo largo del siglo anterior. Acaso por ello también lo sería su desenlace pues estuvo destinada desde muy pronto —a causa de su radicalismo— a terminar con una victoria en la que se daba por sentado la exclusión de los perdedores. Este sería el caso de nuestros dos protagonistas cuya actuación política podemos tomar como paradigma de este período.

Tanto Unamuno como Ortega viven la guerra civil en su plenitud

y no me refiero con ello sólo a la vertiente bélica-militar de la que alcanzaron bien poco ya que Unamuno fallece el último día de aquel primer año de guerra y Ortega —que se salvaría casi milagrosamente en un quirófano de París en Octubre de 1938— vivirá fuera de España hasta 1945. Mi tesis es precisamente que tanto uno como otro pierden la guerra incluso antes de que ésta comenzara e independientemente de cual hubiera de ser el vencedor.

2. PENSADORES DIFERENTES

Sus pensamientos filosóficos son muy diferentes, como dispares son también la mayor parte de sus actuaciones concretas. Había además una diferencia de edad suficientemente acusada (19 años) lo que influyó en sus diferentes instalaciones filosóficas aunque conviene dejar claro que a este respecto la diferenciación tuvo mucho que ver con la peculiar personalidad de Unamuno y el hecho de que éste se quedara estancado —filosóficamente hablando— poco después de la publicación de la que figura como su más importante obra de filosofía, *Del Sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*. Pero en cualquier caso el hecho de que Unamuno empezara a escribir tarde y Ortega lo hiciera con notable precocidad hizo de ellos figuras públicas paralelas casi siempre enfrentadas o contrapuestas. En sus relaciones hubo momentos de abierta discrepancia como la conocida crisis de 1909 cuando una indiscreción de Azorín les llevó a una disputa sobre lo europeo y lo africano que era en realidad un planteamiento algo confuso ya que ambos podían blasonar como casi nadie hasta entonces, de estar al tanto de todo lo que ocurría en Europa. Esto que es algo muy sabido en Ortega es algo que en Unamuno hay que recordar algunas veces. Porque efectivamente Unamuno tenía una formación de primer orden y puede considerarse el primer español contemporáneo que se articula en el pensamiento europeo, lo que en principio convertía a Unamuno en un personaje perfectamente capacitado para llegar a ser figura de la filosofía.

Pero no será así. Se empuja en no querer ser filósofo profesional. Habría que encontrar una explicación a esta actitud —tal como ha escrito Julián Marías— en alguna gran decepción personal ante diversos fracasos frente a la filosofía oficial española que hizo posible que la cátedra que consiguiera no lo fue de filosofía sino de griego.

Por otra parte había tenido dos profundas crisis religiosas, en 1881 y 1897, que le desviaba hacia un tema único de tal manera que sólo le va a interesar la indagación sobre la vida y la muerte. Y como hará cuestión filosófica de este problema trascendente, llegará a la conclusión de que el arma habitual de la filosofía —la razón— no le sirve para entender la única verdad que le interesa, por lo que se hace, más que irracionalista, *antirracionalista*; actitud normal entre los filósofos de su generación y aun anteriores, entre los que cabe destacar a uno de sus principales mentores, el danés Sören Kierkegaard.

Por otra parte hay en Unamuno una decidida voluntad de hacer las cosas bien y de ir al fondo de las cuestiones aunque ello no significa

que siempre consiguiera sus objetivos. Y esta preocupación la va a enmarcar en un existencialismo muy peculiar, inspirado en Kierkegaard y que tendrá un florecimiento posterior en Heidegger, Jaspers, Sartre, Marcel, etc.

Para los existencialistas —y esto Unamuno lo lleva a aspectos concretos de la realidad española que es la que tiene más a mano— hay existencias auténticas e inauténticas. Con las dos se puede vivir aunque, en rigor, sólo puede llamarse vida a la auténtica; la otra es sólo *ir tirando*. Por eso analizará con este prisma las diferentes realidades del país. En él autenticidad se opone a ramplonería y así cada cosa tiene su dimensión rechazable. Cuando habla p.e. del *patriotismo* lo opone a la actitud inauténtica de la *patriotería*. Y va encontrando aspectos contrarios de la misma realidad uno de los cuales es el lado inauténtico.

En este sentido habla de *verdad y palo* (lo verdadero y lo impuesto a la fuerza); *justicia y castigo* (se habla de que cuando se castiga a alguien se la ha hecho justicia); *cristianismo y clericalismo*; *unidad y unitarismo*; *Europa y europeismo*, etc.

Sin embargo al existencialismo de Unamuno le faltó *medida* porque le faltaba la razón a la que había voluntariamente renunciado por inservible, contrariamente a lo que hicieron otros existencialistas posteriores que encontraron otra forma de razón no racionalista y por tanto más útil para entender los aspectos concretos de la realidad. Pero Unamuno se había decantado desde 1912 de forma tajante por la supremacía del *sentir* sobre el *pensar*, en su libro *Del sentimiento trágico de la vida*.

Si a partir de esa obra suya se hubiese mostrado tan atento a su entorno filosófico como lo estuvo hasta entonces —tanto en el ámbito español como en el europeo— acaso hubiese reparado o bien en el raciovitalismo de Ortega y Gasset o en la filosofía existencial de Heidegger. Pero con el primero estuvo francamente distanciado, y la obra clave del segundo, *Sein und Zeit*, fue publicada en 1927 cuando Unamuno llevaba más de dos lustros volcado a la política y, en este momento, encelado con al dictadura de Primo de Rivera (a la que dedicaba prácticamente toda su atención) y los halagos del mundo de la izquierda.

Para Unamuno había sido decisiva la injusta destitución del Rectorado de la Universidad para *sentir* una aversión profunda hacia los gobiernos de la Monarquía que no eran demasiado buenos por cierto pero que él no supo percibir gradualmente sus niveles de incompetencia. No se trataba de que sus razonamientos fueran erróneos ni que hubiese perdido el juicio; estaba capacitado para juzgar y entender pero carecía de la *medida razonable* para discernir la cantidad de autenticidad o inauténtica de los hechos. No había términos medios en sus apreciaciones. Y cuando la Monarquía, aparte otros errores, comete el nuevo de tolerar e incluso propiciar la dictadura (1923) entonces Unamuno no aguanta más y se opone, si cabe, todavía con más empeño. Las medidas contra él, desterrándole a Fuerteventura, le encrespaban al máximo y hoy nos parecen —sin que por ello pretendamos quitar seriedad al asunto— historias de opereta las vicisitudes y problemas que tuvo el gobierno para conducirlo al destierro con unos policías vigilantes que estaban locos porque se les escapara el reo para así poder desembarazarse de un problema que aumenta día a día el desprestigio del régimen. Una-

muno estaba gastando la pólvora en salvas —cuando llegue el momento demostrará que tenía de sobra—y no vio que aquello era una dictadura *de papel*.

En Ortega y Gasset, que es de otra generación más joven, la fiebre irracionalista toma forma positiva al declarar justamente lo contrario que Unamuno, es decir, que la razón es vital y no puede ser de otra manera. Este raciovitalismo se encuentra ya claramente formulado en su primer libro, *Meditaciones del Quijote* (1914) y será desarrollado en el resto de su obra sin ningún tipo de abdicación.

Tanto Unamuno como Ortega son esencialmente filósofos a pesar de que aquel se esforzara contumazmente en no parecerlo y en negarlo cada vez que hacía falta. Ortega sí que se consideraba como tal aunque de la mano de una profunda innovación por la que optó no con ánimo de ser diferente sino por una exigencia radical directamente relacionada con su circunstancia.

3. LA POLITICA COMO NECESIDAD

La actuación política de estos dos filósofos no sería algo aparte de su principal quehacer. No se trataba de dos pensadores que se dedicaban a otra cosa como descanso o divertimento. Por lo demás era imposible que en pleno siglo xx los hombres de sus características no se hubieran interesado, como así fue, por la política española. Pero lo hicieron desde su propia instalación filosófica, y ello es bien patente en el caso de Ortega. En el de Unamuno también es muy claro aunque en él se precisa hacerlo extensivo no solo al campo de la política sino a todas las demás actividades que llevó a cabo, a saber, teatro, novela, poesía, etcétera, actividades que sin ser realmente «las suyas» fueron realizadas con tal calidad que hubiera sido suficiente con cualquiera de ellas para ocupar un puesto relevante en la vida cultural española. Esta diversidad de campos culturales salvaría a Unamuno. Siempre me he preguntado qué hubiera sido de Unamuno si se hubiera dedicado a su único tema filosófico abstracto, si no lo hubiera incardinado con el hombre «de carne y hueso».

A mi juicio se salvó al encauzar su *vena* filosófica dentro de sus novelas, sus dramas y su poesía. Es sumamente ilustrativo que cuando ha sido proscrito de los programas académicos de filosofía (una constante generalizada en la enseñanza española tanto de nivel medio como universitario), los alumnos han llegado a su pensamiento a través de las clases de literatura, de la mano, justo es reconocerlo, de una gran parte del profesorado de esta rama del saber que acaso los censores des-cuidaron.

Conviene apresurarse a decir que tanto Ortega como Unamuno fueron unos «fracasados» políticamente hablando. Desde Platón esto no ha sido sino algo mabitual¹. En estos dos hay que hacer constar que la política no fue la actividad principal, si acaso la más visible. Pero sus

¹ Algunos comentarios valiosos de Ortega a la actuación política de Platón en O.C., II, 543 y O.C., X, 17-18.

enormes prestigios en este campo les convertirían, quisiéranlo o no, en hombres públicos muy influyentes, codiciados además por las formaciones políticas. Pienso que ninguno de los dos se sintió realmente a disgusto en la política, al menos mientras abrigaban ilusiones de que España había entrado, o estaba a punto de hacerlo, en el camino histórico que, en rigor, le correspondía por su pasado. Pero se vieron arrastrados a ella donde ejecutaron la única actividad en que de verdad eran competentes. La navegación política de un auténtico filósofo ha sido siempre algo azaroso precisamente porque la función de aquella es casi exactamente la contraria: le es más propio difuminar la realidad que trazar claros perfiles.

Comoquiera que se trata de dos filósofos con querencia irreprimible a intervenir en la vida pública española, en sus actuaciones políticas van a quedar perfectamente reflejadas sus posturas filosóficas. Y como estas eran —tal como dije— casi opuestas, también lo van a ser sus actuaciones públicas sin perjuicio de coincidencias temáticas porque hablaban y actuaban sobre el mismo país, los mismos problemas e incluso con la misma buena intención. Asunto en el que por otra parte coincidieron la mayor parte de los españoles del momento, exponente claro de la excelente vitalidad histórica del país a lo largo del siglo xx. Que aquella increíble andadura desembocara en guerra civil es otra cuestión, relacionada precisamente con el hecho de que los españoles —como Unamuno y Ortega— también aplicaron sus filosofías particulares al drama. A mi juicio hubo un problema de fondo que anuló los esfuerzos de un país profundamente ilusionado que puede definirse globalmente como de incapacidad política. Efectivamente la política española no estaba a la altura de las circunstancias y era literalmente una antigualla decimonónica. No era mejor fuera de España pero aquí todavía quedaban por resolver algunos problemas graves que otros países tenían ya en parte asumidos. Era una buena oportunidad de haber ejercido el oficio de pensar y haber marcado caminos a la política que no fueran los derivados de un racionalismo que todavía hoy persiste. España entró en el siglo xx con gran cantidad de problemas pendientes —institucionales, gremiales, económicos, religiosos e incluso de identidad histórica—; el sistema no sólo fue incapaz de dar soluciones sino que, por el contrario, contribuyó a crear nuevos conflictos al tiempo que se agigantaban los ya existentes.

Durante el primer tercio del siglo pudo hablarse de la existencia de una España *oficial* en contraposición de una España *real*, planteamiento ya denunciado con claridad por Joaquín Costa². Pero ambas vivieron tanto tiempo esa ficción de la realidad que acabaron contagiadas del vicio que en principio fue sólo de la primera³. La excesiva prolongación de esta situación ficticia de la política española que se practicaba casi sin variaciones desde la Restauración, culminaría en 1923 con la *peligrosa solución* de la dictadura de Primo de Rivera que

2 J. Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España: urgencia y modo de cambiarla*, 2 vols. (Guara Editorial, Zaragoza 1982). La obra se publicó en 1902.

3 J. Ortega y Gasset, *Vieja y Nueva Política*, O.C., I, 274.

no hizo sino intensificar, en lo político, el vicio racionalista del sistema, transmitiendo al futuro régimen de la República no sólo los problemas del país —intactos— sino también muy deteriorado el instrumento político con que había de encararlos.

El entusiasmo y la ilusión con que los españoles recibieron a la República es un hecho bien contrastado por la mayor parte de los historiadores, pero también funcionó enseguida el mecanismo de entender el nuevo régimen como la panacea de todos los problemas y no como el marco en que habría de trabajarse para resolverlos. Pareció que todo lo que quedaba por hacer era simplemente echar a la Monarquía. Y pronto llegaría la desilusión, cosa terrible y peligrosa. El 7 de Abril de 1933 escribía Gaziél en *La Vanguardia*: «Votamos la República —decía— todos a la vez, porque todos a un tiempo sufrimos el espejismo de que íbamos a imponer al nuevo régimen nuestras singulares conveniencias, nuestras exclusivas particularidades. El tendero creyó que esto iba a ser una república de tenderos; el intelectual de intelectuales; el pescador de pescadores, y el ladrón de ladrones. Más todavía. Cada tendero, cada intelectual, cada pescador y cada ladrón se ilusionaron con la idea de que la República sería exactamente a su propia imagen y para su sólo provecho. Y ahora, como este sueño era una monstruosidad imposible, todos estamos desilusionados»⁴.

4. UNAMUNO SENTIA A ESPAÑA, ORTEGA ADEMÁS LA PENSABA

Tanto Unamuno como Ortega fueron ante todo filósofos y en sus respectivas actuaciones políticas se reflejaron esos pensamientos. Pero conviene ya destacar que lo que en uno no fue más que una actitud, aunque de importante calibre, en el otro fue un programa. La diferencia esencial de sus proyectos políticos era completamente acorde con la de sus fundamentos filosóficos. Así Ortega tenía formuladas desde 1914 las líneas maestras de todo un programa político coherente a través de una *Liga de Educación Política Española* y una conferencia, *Vieja y Nueva Política*. Todo ello el mismo año en que publica también su decisivo libro filosófico, *Meditaciones del Quijote*, donde hay mucho más que coincidencias con el contenido de la conferencia. En Unamuno no hay nada parecido en lo que a proyecto político se refiere. Por estas fechas ambos coinciden en la postura crítica hacia los gobiernos de la Monarquía que en Unamuno ya constituye un rechazo apasionado de esta forma de gobierno. Unamuno se lanzará a una oposición «desmedida» (con más sentimiento que cálculo como corresponde a su pensamiento) del sistema monárquico. Tiene ciertamente motivos personales ya que se ha producido su destitución injusta del Rectorado de la Universidad de Salamanca, que no será la última. Aunque Ortega le defenderá escribiendo dos artículos, más una conferencia que pronunció en Bilbao, su

⁴ *Gaziél* es el pseudónimo de Agustí Calvet, autor de este lúcido artículo, siete meses antes de las elecciones de Noviembre. Reproducido por R. Abella en el Suplemento de *La Vanguardia* del 21-XII-86.

separación filosófica en estos momentos es definitiva. Lo que realmente les unía era la preocupación por España.

Los escritos políticos de Unamuno y Ortega en el período comprendido entre 1917 y 1923, son bastante desiguales. Unamuno escribe entre Agosto de 1917 y el 21 de Febrero de 1924, vispera de su destierro a Fuerteventura, un total de 80 artículos de contenido variado. Se pueden detectar muchos en forma de diálogo, críticas a los gobiernos de la monarquía (a todos) y una clara tendencia al socialismo de Estado que debe estar gobernado eficazmente por los mejores. En tanto Ortega publica entre Junio de 1917 y Julio de 1922, 106 artículos de intención muy concreta y de perfecta coherencia con su raciovitalismo. Su crítica a los gobiernos de la monarquía es también muy dura pero no le hacen antimonárquico; en realidad había optado en 1914 por una accidentalidad de las formas de gobierno que le llevaría a defender (cuando propugnara más adelante la República) lo mismo, a saber, la necesidad de sustituir la *viejo política*. Por otra parte su concepción del Estado está en las antípodas del propugnado por Unamuno. Tiene un libro específico sobre política que es *España Invertebrada* y asimismo los volúmenes II y III de *El Espectador* están llenos de filosofía perspectivista o raciovitalista, perfectamente relacionados con sus escritos políticos. Es precisamente durante este período cuando se apercibe de que es necesario asumir en toda su radicalidad el quehacer colectivo de España si no se quiere correr un grave riesgo por aplazar indefinidamente cuestiones que hay que abordar con la mayor urgencia. Se trata históricamente de un período difícilísimo de nuestra historia culminado con una dictadura que sólo iba a aplazar peligrosamente la necesidad de los cambios.

Durante la dictadura de Primo de Rivera las posturas y actuaciones de Ortega y Unamuno apenas tienen algo en común. Ortega escribe entre Noviembre de 1923 y Agosto de 1926 un total de 22 artículos políticos. Su actitud frente a la dictadura es expectante respecto a la idea de que la intervención militar en la política es la más arriesgada de todas; pero con la esperanza de que se trataba de un tipo de actuación transitoria para solucionar problemas tan graves como la guerra con Marruecos⁵. Casi todos los artículos de este período tienen como objetivo por tanto ver la salida de esa eventualidad.

Uno de los puntos de referencia de sus artículos del momento lo constituye la sigilosa actuación del Conde de Romanones, en quien Ortega ve en estos momentos la mano de Alfonso XIII y el proyecto de volver (cuando acabe la dictadura pues se trataba de una de esas a la que se les ve el final) a la situación que la había propiciado. Eso le hará cambiar paulatinamente de postura no sólo ya frente a la dicta-

5 La actitud de Unamuno es rotunda frente a la dictadura. La de Ortega está derivada de un análisis de la situación que España vivía desde 1917. Para él la solución militar era la más peligrosa pero si se había elegido ese camino era preciso hacerle cumplir su función. A propósito de ello recuerda que en Roma los dictadores tomaban posesión de sus cargos de noche como símbolo de una justicia que hacia la «vista gorda» ante una situación que se consideraba como transitoria («noche entre dos soles»). Por esto mismo su actitud fue de prudente expectativa. Pero a raíz de la prolongación *civil* del Directorio, su oposición fue muy firme y creciente hasta llegar a ser uno de los más significativos precursores del régimen republicano.

dura sino frente a la Monarquía a la que considerará definitivamente incapacitada para asumir las necesidades más perentorias del país. Así sus artículos entre 1927 y 1929, en un total de 16, serán publicados sin firma, censurados o simplemente quedan, de momento, inéditos.

Es interesante destacar que durante todo este período la producción intelectual de Ortega es muy intensa. Desde Junio de 1923 ha fundado la *Revista de Occidente*, probablemente la mejor aventura intelectual de nuestro tiempo. A esta época corresponde también la producción de los volúmenes IV, V y VI de *El Espectador*, llenos de temas políticos y entre los que podemos destacar su ensayo *Sobre el fascismo* que tanto le aleja de una interpretación tendenciosa que lo pretende nada menos que como su inspirador en España⁶. Y a todo ello hay que añadir una producción filosófica extraordinaria que se empieza también en 1923 con *El tema de nuestro tiempo* y sigue con muchos artículos filosóficos en los que está directamente implicada la política: «El poder social», «La política por excelencia», «El sentido histórico», «El ocaso de las revoluciones», «Epílogo sobre el alma desilusionada», etcétera. Su libro *Mirabeau o el político*, de 1927 marca a la vez la relación y el contraste entre su pensamiento filosófico y el político.

Los tres últimos años de la dictadura coinciden además con una de sus plenitudes más decisivas pues madura definitivamente su filosofía volcada ya en sus cursos universitarios que darán como resultado una fecundísima Facultad de Filosofía que Julián Marias ha llamado *Escuela de Madrid*, y de la que Ortega es su figura inspiradora. La publicación en libros de los principales temas de estos cursos fue muy tardía pues no va a hacerse hasta después de su muerte. Efectivamente cuando en 1957 ven la luz obras tan importantes como *¿Qué es filosofía?* y *El hombre y la gente*, su aparición tan tardía y en muchas circunstancias muy poco propicias, causaron una deficiencia irreparable.

Unamuno está en otra órbita completamente distinta marcada desde luego por su destierro político a Canarias y su exilio voluntario en París y Hendaya. En estos momentos está realmente lanzado a la política y contra la dictadura a la que se opone sin restricción de ningún tipo. Escribe un par de artículos en 1924 después de la evasión de Fuerteventura⁷. Fuera de España publica artículos contra la dictadura, desde París, hasta 1926. Cuando se va a Hendaya, donde permanecerá hasta 1930 (será la ciudad en que más tiempo vivirá tras Bilbao y Salamanca) escribe en un periódico por él mismo fundado que se llama *Hojas Libres*. Todo ello le arrastra a una actitud excesivamente personalizada en las críticas al Directorio. Durante este período escribe dos de sus obras más controvertidas y polémicas: *La agonía del cristianismo* (1924), publicada primero en francés, y *San Manuel Bueno, mártir* (1930).

⁶ O.C., II, 407-505.

⁷ Uno en *El Imparcial* en Julio y otro en *El Liberal* en Noviembre.

5, EL COMPROMISO CON LA REPUBLICA

Van a entrar pues en la apasionante historia inmediata que se avecina para España, dos eminencias paralelas, probablemente las dos más importante figuras del pensamiento español contemporáneo. Ambos habrán tenido una actuación decisiva —aunque diferente— en el descrédito y caída de la dictadura y la monarquía borbónica.

Unamuno decide volver a España en cuanto cae la dictadura de Primo de Rivera⁸. El 11 de Febrero de 1930 llega a Bilbao y seguidamente a Salamanca. Cuando llegue a Madrid, el 1 de Mayo, las celosísimas medidas policiacas para que no haya incidentes acaban en unas cargas durísimas contra los que esperan el tren en que él viaja. Viene rodeado de un aureola extranacional. Su fama en el mundo era grande desde antes pero se había incrementado notablemente con el destierro. Creció su figura política en la medida que fueron divulgadas sus actuaciones. Escapado de la isla en que estaba desterrado gracias a la embarcación deportiva de un amigo (9 de Julio) no llegará (tras pasar por Las Palmas) hasta el día 26 a la costa francesa. Mientras tanto la dictadura le había indultado para ahorrarse más problemas de los que ya le había causado el destierro de Unamuno. Se instala en Cherburgo a finales de Agosto. Allí es recibido apoteósicamente por una multitud en su mayor parte formada por miembros de la *Liga de los Derechos del Hombre*, así como representaciones de todos los grupos y partidos de la izquierda francesa. Habíase acrecentado la politización de su figura que ya no va a finalizar ni siquiera el día de su entierro en Salamanca.

Se le recibe como a un gran rebelde y revolucionario. Queda en un segundo plano el poeta y el escritor, el ensayista y el hombre sencillo que era; tampoco se recibe al filósofo. En el mejor de los casos se podría hablar de que aquello era un homenaje a la inteligencia perseguida y al civismo en desgracia. Durante su estancia en París (que presume breve y que además es una ciudad que no le gusta como tampoco le agradaba Madrid) recibe continuos agasajos que soporta con gusto. Está metido de lleno en la situación y el papel que se le ha creado. De España recibe numerosas visitas entre las que destaca nada menos que la del Conde de Romanones, pieza clave en la estrategia de la monarquía para el restablecimiento del régimen como si nada hubiese pasado. También recibe a Bugallal y a Blasco Ibáñez. Un periodista danés se maravilla del conocimiento que tiene de su lengua, aprendida en Salamanca con los libros de Sören Kierkegaard. En este periodo asiste a una tertulia donde coincide, entre otros, con el hermano de Ortega y Gasset.

La nostalgia de España y la poca prisa de la dictadura por desmoronarse le hacen irse hacia el país vasco-francés. Cuando llega a Hendaya pronuncia en vascuence su discurso en la *Casa del Pueblo* y funda allí su propia tertulia. Su residencia se convierte en un santuario político que visitan profesores y admiradores. Cuando el 9 de Febrero de 1930 decide volver a España se le organiza un emotivo acto de despedida «en

⁸ Véase para este periodo el libro de González Ruano, *Vida, pensamiento y aventura de Miguel de Unamuno* (Madrid 1930).

nombre de toda la nación francesa» con felicitaciones y adhesiones de toda España incluyendo significativamente la del propio Sánchez Guerra, que el 29 de Enero del año anterior había sido el líder de un golpe contra la dictadura que ne llegó a estallar pero por el que fue procesado y posteriormente liberado.

Como se ve la actuación política de Unamuno durante la dictadura fue mucho más militante que intelectual pues el período coincide con un largo paréntesis dentro de sus escritos políticos que no se van a reanudar de forma regular hasta que la República esté implantada. Durante el decisivo período conocido como *la dictablanda*, con dos gobiernos sucesivos (los presididos por el General Berenguer y el Almirante Aznar, Unamuno no escribió ningún artículo importante, al contrario que Ortega que escribió tres, uno de los cuales —*El error Berenguer*— que acaba con su famosa frase *delenda est monarchia*, fue la sentencia del régimen, rematada con la fundación, junto a Marañón y Pérez de Ayala, de la *Agrupación al Servicio de la República* en Febrero de 1931. En este momento, la actuación política de Ortega era sustancialmente la misma que había propugnado en su ya lejano planteamiento de 1914⁹.

Esta amplia y sostenida actitud durante toda su actuación como filósofo de la política española darían precisamente a Ortega una gran coherencia en sus interpretaciones y una excelente perspectiva no sólo del presente sino del inmediato futuro, que le hicieron publicar, el 6 de Diciembre de 1930, —una semana antes que la fallida sublevación de Jaca llevada a cabo por los capitanes Galán y García Hernández—, un artículo de gran clarividencia donde se denunciaba «diez meses después de retirarse la dictadura» el riesgo que corría el país de desperdiciar una de esas ocasiones históricas, «la gran sazón —decía— que a veces tarda siglos en volver»¹⁰.

Creo que tanto Unamuno como Ortega fueron con sus respectivas actuaciones y dado el prestigio que tenían en la sociedad española piezas que tuvieron gran incidencia en la forma como cambió el régimen de monárquico a republicano aunque el protagonismo y la responsabilidad le corresponde por entero a un pueblo profundamente ilusionado al que no se acertaron a canalizar sus anhelos en un marco político realista y moderno. Pero en cualquier caso pienso que Unamuno se presentó en la línea de salida sin un programa de lo que quería. No quiere decir que no tenía ideas claras de las cosas pero —como en su pensamiento— le faltaba el elemento orientativo en que aquellas hubieran adquirido sentido. En mi opinión le afectó en gran medida la misma deficiencia que a muchos españoles del momento que justificaron casi toda su actuación política con la mera oposición a la dictadura lo que es una condición necesaria pero no suficiente, actitud que se repetirá en la historia de España.

Parecen muy distantes las posturas de Unamuno y Ortega ante la

⁹ F. López Frias, 'El advenimiento de la II República en la obra de Ortega y Gasset', en *Comunicación del Coloquio Internacional de la II República Española*, Abril de 1981, Tarragona, *Actas de la Ponencia I*, pp. 179-196.

¹⁰ O.C., XI, 337.

proclamación de la República debido a las acciones concretas que llevaron ante los acontecimientos. Pero en lo esencial van a coincidir aunque no al mismo tiempo. Ortega se dio cuenta muy pronto (incluso antes de que se proclamara) de algunos peligros que más tarde habrían de confirmarse. Unamuno necesitó mucho más para darse cuenta de lo mismo. Ello no era sino el reflejo de sus respectivas maneras de pensar en el análisis y entendimiento de la realidad española. Podemos concluir en pocas palabras diciendo que Ortega fraguó su oposición poco a poco pero sin pausa y que Unamuno tardó mucho pero lo hizo *de golpe* y además enmendando su error con otro más gordo ¹¹.

Tanto Unamuno como Ortega serán unos defensores activos del nuevo régimen republicano aunque Unamuno no escribirá en este sentido hasta después del 14 de Abril. Este mismo día es uno de los que proclama la República en Salamanca desde el balcón de la Casa Consistorial en la Plaza Mayor. En Mayo de 1931 mitinea, en compañía de Indalecio Prieto, a favor de la República en Madrid, circunstancia en la que recibe la noticia del fallecimiento de su hermano Félix, de controvertida existencia. Su adhesión al régimen republicano persistirá con excepciones esporádicas prácticamente hasta que comenzó el levantamiento militar. Tiene sin embargo una pugna particular con Manuel Azaña que le dura hasta el fin ¹².

La actuación política de Ortega en favor de la República es mucho más coherente. Realmente empieza a trabajar sobre ello en 1927 y no sólo escribiendo contra la dictadura sino preocupándose de aspectos concretos de la nueva forma de Estado. A este respecto escribe tres artículos muy detallados donde se contienen las funciones básicas de aquel para cuando se produzca la más que probable debacle de la monarquía. En el año 1928 serán ocho los artículos que continuarán la tarea emprendida. Y todavía antes de que se proclame la República escribirá tres importantísimos artículos en 1930, y otros tres todavía más contundentes en Febrero de 1931, estos precisamente para contrarrestar la operación que la monarquía había reservado como último cartucho, con el Gabinete Aznar en el que figuraba la ya tardía e inútil presencia de Romanones.

En todo lo que restaba del año 1931 Ortega escribió un total de 29 artículos, todos de gran importancia, culminados —tras el conocidí-

11 En realidad Unamuno fue siempre liberal e independiente y no dudó en reivindicar estas condiciones a cualquier precio. Los dos bandos se disputaron su favor pero siempre rechazó lo que no le parecía bien. Lo que admira y justifica de sus actuaciones es precisamente la grandeza de sus rectificaciones que nunca llevó a cabo por conveniencia.

12 Las relaciones entre Unamuno y Azaña fueron bastante ásperas y se acentuaron desde la proclamación de la República. Fueron motivo de roces (entre otras cosas): 1) La Ley de Incompatibilidades (que afectaba al propio Unamuno); 2) La afirmación de Azaña de que España había dejado de ser católica (Octubre de 1931); 3) Las excesivas prisas que, a juicio de Unamuno, Azaña tenía por modernizar el país (ver *El Sol* de 14-I-1932); 4) Insuficiencia del Decreto de Disolución de la Compañía de Jesús, el 10 de Mayo de 1932; 5) Ataques a la Ley de Defensa de la República a la que acusó casi de dictadura en *El Ateneo* de Madrid, en Noviembre de 1932. Finalmente cabe destacar la descripción que de él hizo: «¡Cuidado con Azaña. Es un escritor resentido y fracasado porque no tiene lectores. Sería capaz de hacer la revolución sólo porque se le lea!».

simo y mal entendido *No es eso, no es eso* de Septiembre— con su no menos célebre conferencia de Diciembre, titulada *Rectificación de la República*. Todos estos artículos están cruzados por la idea claramente formulada de que la posibilidad de la nueva política no sería un proceso automático que se tuviera que cumplir por el solo hecho de haber cambiado el régimen.

Unamuno escribe también muchos artículos políticos a lo largo de 1931 hasta casi alcanzar la cifra de Ortega con 26 originales pero los asuntos carecen de unidad temática y de hilo conductor que les dé coherencia política. Curiosamente la firma de Unamuno en todo este período sutituye a la de Ortega como articulista de *El Sol* (su periódico desde que fue fundado en 1917). Desde ese momento la tribuna periodística de Ortega se reparte entre *Crisol* y *Luz*, así como esporádicamente en *La Nación* de Buenos Aires. Aunque sus dos últimos artículos —en Diciembre de 1933— volverán a ver la luz desde la tribuna de *El Sol*. Tanto los escritos políticos de Ortega como los de Unamuno en este período republicano tienen muy poco que ver entre sí salvo alguno del principio. El 15 de Mayo de 1931 Unamuno escribe su tercer artículo sobre «La promesa de España» donde hay análisis históricos bastante coincidentes con los arteguianos pero que éste había desarrollado y divulgado muchos años antes.

Los dos fueron Diputados en el Congreso donde tuvieron importantes intervenciones, muy sonadas y acaso más contundentes las de Unamuno, pero Ortega estaba inspirado entonces por un meditado programa del que Unamuno carecía. Ortega además se había relacionado con los políticos del momento especialmente ligados al famoso Pacto de San Sebastián de Agosto de 1930, a los cuales trató de influir con sus proyectos. Les visitó cuando estaban detenidos, casi en vísperas de que, tras la proclamación de la República, se constituyeran en el Gobierno provisional. Era amigo del futuro Presidente Alcalá Zamora y de Miguel Maura y las relaciones con Azaña no fueron tan malas como las de Unamuno¹³.

Propugnaba una Presidencia de la República fuerte y con capacidad de poder disolver las Cortes cuantas veces fuera preciso (le asustaba una democracia «sin freno»); abogaba por un Tribunal Constitucional sin intervención de los partidos y una Constitución simple y sin ambigüedades que no pudiera ser manejada. En su discurso de 26 de Septiembre de 1931 dijo que la república federal le parecía un disparate aunque no así la autonomía.

Este venía a ser el contenido programático de su obra, *La Redención de las provincias*¹⁴.

Ortega dejará la actividad política en Julio de 1932 poco antes del Golpe de Estado del General Sanjurjo, cuando tras su intervención en

13 Las relaciones de Azaña con Ortega no fueron demasiado cordiales, aunque no tan malas como con Unamuno. Ortega habló bien en las Cortes de su polémica Ley. Y cuando aquél fue Presidente de la República tuvieron, a petición del mismo Azaña, una entrevista en coche (que no cita en sus *Memorias*). A Ortega no le pareció oportuna la expulsión de los jesuitas; el General de la Orden, Padre Otaño, le visitó con alguna frecuencia.

14 O.C., XI, 181-284.

el Congreso a propósito del Estatuto de Cataluña, llegó a la conclusión de que «no había nada qué hacer»¹⁵. Ese año escribirá un artículo más, en Octubre, precisamente para disolver su *Agrupación al Servicio de la República*. Al siguiente sólo va a escribir 4 artículos políticos que serán los últimos de este tipo, a modo de despedida y cuando considera que la suerte está echada.

La comparación contable de sus artículos políticos con los de Unamuno en este periodo es bien elocuente si se consulta el siguiente cuadro:

	UNAMUNO	ORTEGA Y GASSET
Año 1927	0	3
Año 1928	0	8
Año 1930	0	3
Año 1931	26	29
Año 1932	25	18
Año 1933	17	4
Año 1934	19	0
Año 1935	10	0
Año 1936	16	0

En total Unamuno escribió 113 artículos (o conferencias) de tema muy variado. Durante 1931 y 1932, en *El Sol* de Madrid, excepto uno en cada periódico de *El Día*, de Palma de Mallorca; *El Norte de Castilla*, de Valladolid; y *La Voz de Guipuzcoa*, de San Sebastián. Los años 1933, 1934, 1935 y 1936 lo hizo en *Ahora*, en Madrid, excepto uno en cada periódico de *El Día Gráfico*, de Barcelona; *El Adelanto*, de Salamanca; y *El Sol*, de Madrid.

Los de Ortega sumaron un total de 65 (casi en su totalidad centrados en los años 1931 y 1932, casi el 50% en 1931). Hasta Marzo de 1931 lo hizo en «su» periódico *El Sol*, y desde Abril de 1931 se repartió entre *Crisol* y *Luz*, esporádicamente en *La Nación*, y los dos últimos en *El Sol*.

6. LOS HONORES

Ortega se apartó muy pronto de la escena política y se retiró a sus actividades universitarias que son por estas fechas de una gran fecundidad. Unamuno siguió en la política hasta el final y su actividad universitaria —por otra parte muy diferente a la de Ortega— no tuvo la misma relevancia. No se daba cuenta, salvo algunos atisbos aislados, de la gravedad de la situación hasta que ésta se le echó materialmente encima. En Agosto de 1934 escribe «Desde la Magdalena de Santander»¹⁶ contra los agoreros cuyos vaticinios catastrofistas sólo le dan motivo para «sonreirse o reirse tal vez» mientras que sólo un mes después, dentro de los actos de su despedida de la docencia universitaria por jubilación, ve el futuro drama con gran lucidez y aconseja a sus alum-

¹⁵ M. Ortega Spottorno, *Ortega y Gasset, mi padre* (Planeta, Barcelona 1983) pp. 101-126.

¹⁶ Publicado en *Ahora*, de Madrid, el 22-VIII-1934.

nos que traten de salvar la triste amenaza. En este mismo acto se le nombra *Rector Perpetuo* de Salamanca, y el 15 de Abril de aquel mismo año Alejandro Lerroux le había nombrado *Ciudadano de Honor de la República*, ocasión que aprovechó para predicar contra la guerra «in-civil», que él hacía tiempo distinguía de la meramente «civil». También en Abril de aquel año se había asimismo declarado inconforme con el no respeto que a su juicio se hacía de los derechos humanos. Fue llamado a consulta el 9 de Junio por el Presidente Alcalá Zamora declarando a la salida la existencia de una gran anomalía política que consistía en que no se estaba respetando el resultado de las elecciones. Acababa recomendando que era preciso evitar la dictadura parlamentaria, la revolución y las posturas de fuerza, para todo lo cual pedía nuevas elecciones cuanto antes.

Como se ve, y por diferentes caminos, los dos acabaron frente a lo que *llegó a ser* el régimen republicano. Aunque pienso que en este momento eran las cosas las que habían cambiado y no ellos, los dos serían acusados de haberse decepcionado porque no consiguieron cargos y honores en su actuación política o porque las cosas no se hicieron según ellos hubieran querido pero no está nada claro que esos fueran los motivos que les llevaron a los asuntos públicos. En los dos bandos se fue gestando mala fama en torno a las dos figuras aunque de diferente forma y en distintos momentos. Fue Unamuno el que batiría todos los *records* en la recepción de alabanzas o de denuestos, nombrado o destituido por los mismos y en periodos de tiempo muy poco distantes entre sí. Sobre estos acontecimientos no se puede pasar con ligereza.

Se ha repetido mucho de Unamuno que tenía una gran vanidad y que le encantaban los cargos públicos y los honores, que por cierto desempeñaría con dignidad y eficacia. Fue Rector de la Universidad de Salamanca entre 1900 y 1914 y para destituirle por primera vez se montó por parte del Ministerio de Bergamín una campaña de difamación sobre supuestas irregularidades administrativas en la Facultad de Medicina. Cuando en 1924 lo desterró la dictadura no era Rector pero se le restituyó en el cargo casi inmediatamente después de proclamada la República, el 18 de Abril de 1931. Nueve días más tarde se le designa Presidente del Consejo de Instrucción Pública. El 1 de Julio es proclamado candidato al Congreso de Diputados. Será elegido por Salamanca con el tercer puesto (sistema de listas abiertas) por delante y con casi dos mil votos más que Gil Robles. De esa lista de siete elegidos han quedado descabalgados nada menos que Victoria Kent, Ramón Aznar (de su coalición) y el General Queipo de Llano. Sólo estará en el Congreso durante esa legislatura porque no se presentará a las elecciones de Noviembre de 1933 (en esto coincide con Ortega).

En 1935 se le propone para el *Premio Nobel* de Literatura. Se le nombra *Alcalde Honorario* de Salamanca y *Académico de la Lengua* aunque no llegaría a ocupar su vacante. Fue *Doctor Honoris Causa* por las Universidades de Grenoble (1934) y de Oxford (1936). Fue retratado en postales salmantinas y posó para muchos pintores¹⁷. Se esculpe su

17 Hay retratos magníficos de Unamuno realizados por José Aguilar, Ramón Casas, Daniel Vázquez Díaz, Cecilio Plá, Gutiérrez Solana, Juan Echevarría, etc.

figura¹⁸ y, como final, parece que incluso tuvo posibilidades de ser *Presidente de la República*.

No sería extraño que los mismos motivos que le habían llevado a aceptar otros cargos y honores, le hubieran hecho recibir con agrado tan preciado galardón. ¿Por qué no podía ser él que, en cierta manera, estaba por encima de las cosas de la política y podría contribuir precisamente por eso a su estabilización? Lo cierto es que su figura política tenía buena imagen popular como se mostró en los primeros días de la proclamación de la República cuando el semanario *La Calle* hizo una encuesta entre los lectores y obtuvo, tras Alcalá Zamora, más de diez mil votos. Y aun obtendría un voto en la elección *de verdad* celebrada en Diciembre sin siquiera haberse presentado. En circunstancias normales —acaso en otro país— podría haber presidido perfectamente la República pues no sólo era el vivo retrato del hombre honrado y auténtico sino que era meticulado y justo en la administración de las cosas públicas; además se encontraba al final de su vida académica y había acumulado mucho prestigio intelectual y político por lo que Presidencia habría constituido un broche de oro a su distinguida personalidad. Pero el destino le tenía reservado un final bien distinto; los tiempos no eran normales y Unamuno tenía la antipatía de personas decisivas en la marcha de los acontecimientos, como la del propio Manuel Azaña a que anteriormente nos hemos referido¹⁹.

En la primavera de 1936, durante la crisis provocada para quitar a Alcalá Zamora de la Presidencia, sonó de nuevo el nombre de Unamuno. Sería precisamente Azaña el elegido, con la típica «patada hacia arriba», para que no fuera un estorbo en la consecución de determinados programas políticos del Frente Popular. Pero la realidad es que en estas fechas las posibilidades presidenciables de Unamuno eran nulas, y nada mejor para explicar esto que el texto de un artículo de Francisco Largo Caballero en el que, haciendo gala de un tendencioso pragmatismo, se apresuraba a desengañar a los que *no reunían las condiciones*: «Hay que prescindir —decía sin rodeos— del tipo de condidato que está fuera de los partidos y que alternativamente se cree colocado por encima de ellos como personificación de las minorías selectas». Y concluía para que no quedara la menor duda: «... Como ejemplo podemos señalar a Miguel de Unamuno y José Ortega y Gasset»²⁰. El periódico donde esto se publicó no podía tener otro nombre que *Claridad*.

Resulta significativa la cita conjunta de Unamuno y Ortega en esta circunstancia pues Ortega hacía tiempo que estaba completamente retirado de la política. Pero estaban igualados en que ninguno de los dos llegaría a ser incondicional de ninguna causa que no fuera la de la verdad en que se instalaban por medio de sus respectivos sistemas filosóficos. Y sería precisamente la irreductibilidad que los dos mostraron

18 Son muy conocidos los de Victorio Macho (en el *Palacio Anaya* de Salamanca y en su propio Museo de Toledo) así como el de Pablo Serrano.

19 Aparte de las desavenencias que hemos citado en la nota 11, hay que hacer notar que fue el propio Azaña personalmente y en su calidad de Presidente de la República el que firmaría el Decreto de destitución de *Rector Perpetuo* de la Universidad, con fecha 22-VIII-1936.

20 Publicado en *Claridad*, de Madrid, el 9-IV-1936.

ante la política de su tiempo lo que les llevaría a *perder* la guerra antes de que aquella comenzara e independientemente de cual fuera su resultado final.

7. EL DESENCANTO Y EL OSTRACISMO

Tanto Unamuno como Ortega serían atacados por aquellos que a la larga no habían conseguido sus adhesiones a la causa respectiva. Lo fue antes Ortega que Unamuno porque su decepción ante la marcha de los acontecimientos fue muy temprana, prácticamente antes de que terminara 1931, en el curso del cual y para su desesperación se fueron haciendo realidad muchos de sus presagios anteriores al 14 de Abril. Fue la suya una retirada silenciosa —casi una abdicación— que más tarde le perjudicaría ya que su silencio ha sido más fácil de manipular que lo hubieran sido sus declaraciones. Unamuno tardó mucho más en desengañarse y lo haría además a su estilo, de forma espectacular y en medio de un descomunal escenario cual era la Plaza Mayor de Salamanca como si allí representara el papel de alguno de sus personajes literarios, en este caso el más trágico. Además, lo hizo con tanta contundencia que se pasó al otro bando, donde sin duda *sintió* (más que *pensó*) que estaba la verdad. Una vez más funcionaría aunque por poco tiempo de hombre sin medida, como el héroe de las tragedias griegas, que había renunciado tanto a las ventajas como a los inconvenientes de la razón, frente a la cual en su filosofía siempre optó por el *sentimiento trágico*. Pero en cuanto se apercibió de su nueva equivocación, que fue muy pronto, no dudó en rectificar pasara lo que pasara y sin calcular si aquello era lo que le convenía.

Unamuno pues acabó, como Ortega, rechazado por los *hunos* y por los *hotros* (escritos con hache) como él tan gráficamente acabó definiendo aquello que le parecía una auténtica *barbaridad*. Pero toda esta actuación final del drama (o *druma*) de Unamuno no se pueden entender superficialmente. Pienso que los últimos meses de su vida fueron tan tormentosos y difíciles porque quiso rectificar, cuanto antes, no sólo su error sino lo que había ayudado a que otros lo tuvieran también. Se consideró como parte culpable de la tragedia y no le importaba tanto su problema como el que había creado a los demás. Las confidencias a Kazantzakis y la carta del 10 de Agosto a un amigo socialista belga arrojan gran cantidad de luz sobre aspectos muy interesantes de este período²¹.

Son muchos los datos que pueden aportarse para fundamentar la tesis de que Unamuno estaba condenado de antemano por cualquiera de los dos bandos en cuanto flaqueara su adhesión. De esto hay un número suficiente de argumentaciones, especialmente a partir del momento en que se desmarca por completo. Es claro que a pesar de su prestigio

21 Véase N. Kazantzakis, *Del monte Sinai a la isla de Venus*. Obras Selectas, vol. II (Planeta, Barcelona 1962) y 'Carta a un socialista belga', publicada en *La Esfera* de Caracas el 3-I-1937, aunque había sido escrita con fecha 10-VIII-1936 por Unamuno.

«izquierdista» (que había atesorado desde antes de la proclamación de la República) fue cada vez más un hombre en el que no confiaban los dirigentes políticos de ese bando como muestra la opinión de Largo Caballero en *Claridad*. Es también muy significativa la de Armando Bazán cuando publica —a toro pasado y cuando se ha tornado «fascista»— la opinión que en realidad tenía de él: «los marxistas —dice— *habíamos visto desde hace tiempo* el truco del malabarista. Por eso a pesar de su fama y su gloria quisimos presentarle siempre en sus dimensiones precisas. El marxismo nos señalaba a gritos que la obra de Unamuno estaba toda alimentada de sangre reaccionaria, que su aliento venía desde la misma noche medieval»²².

Estas cosas eran sin duda también muy parecidas en el otro bando donde abrigaban también la esperanza de tenerlo con ellos pues, en definitiva, «Unamuno es uno de los nuestros y algún día estará con nosotros»²³. En este sentido hay que interpretar los cuidados que los falangistas tenían con él, muy especialmente el grupo salmantino encabezado por Francisco Bravo, embridado a distancia por el mismo José Antonio Primo de Rivera, ya que su jefe local se desesperaba demasiado con el comportamiento de Unamuno, quien por cierto tenía una buena opinión del hijo del dictador²⁴.

A Unamuno y a Ortega se les acusará injustamente de haberse desilusionado por no haber conseguido imponer sus criterios. Del primero dirá Max Aub, con malicia, que su desencanto con la República se debió a la frustración a que le condujo el no haber obtenido la Presidencia. Y de Ortega se generaliza la idea de que su retirada es porque no logra imponer sus criterios elitistas y burgueses.

El tantas veces esgrimido egoísmo unamuniano, que era una característica de los hombres de su generación tenía en él mucha menor importancia que la defensa de aquellas posturas que creía justas. Probablemente no habría combiado una Presidencia de la República, *en según qué condiciones*, por su elemental derecho a expresarse en libertad. El «egoísta» Unamuno pagó siempre muy caro la insobornabilidad de su yo, pues cuando lo reivindicaba nunca se hacía cuestión previa de si era aquel el momento que más le convenía. Así p.e. una vez que decidió tan espectacularmente pronunciarse en plena Plaza Mayor de Salamanca a favor del bando sublevado, podría haber vivido de las rentas de aquella importante adhesión. Sin embargo se lo jugó todo en menos de dos meses, tirando por tierra, en cuestión de minutos, un ahorro que bien capitalizado hubiera sido para siempre.

Y no es a mi juicio correcto explicar estos hechos con la simplificación de que Unamuno era contradictorio cuando en su caso era más

22 Armando Bazán, en *El Mono Azul* del 27-VIII-1936 (subrayado mío).

23 Unamuno estuvo siempre contra lo que él llamaba el «fajismo» y no toleraba las dictaduras. La portuguesa de Salazar le atacó el 19-XI-1935. También escribió a Ramiro Ledesma Ramos contra Mussolini, así como al falangista Bartolomé Aragón (que sería más tarde prácticamente el testigo de su fallecimiento) a quien dijo de Mussolini que era un «vulgar asesino».

24 En una entrevista que se le hizo en *Ahora* el 19-IV-1935 dijo: «Primo de Rivera está bien. Es un muchacho que se ha metido en un papel que no le corresponde. Es demasiado fino, demasiado señorito y, en el fondo, tímido para que pueda ser un jefe y ni mucho menos un dictador».

bien lo contrario, en admirable coherencia con su pensamiento filosófico, donde el *sentimiento* prima sobre la *razón*. Unamuno en el famoso acto del Paraninfo de la Universidad, el 12 de Octubre de 1936, *no pensó* lo que hacía —no quiere decir esto que no fuera consciente de la trascendencia de su acción— sino que sencillamente *lo sintió* y fue fiel a ello como correspondía a un buen existencialista.

El caso de Ortega es bien distinto en cuanto que su pensamiento filosófico lo es también. Coincidieron pues en ser consecuentes con lo que pensaban y en el precio que hubieron de pagar por ello. Se había retirado Ortega de la política en 1932, en el verano. Desde su primer escrito político —en la lejana fecha del 5 de Octubre de 1907— había dejado bien claro lo que pensaba acerca del papel del intelectual en la política; el político y el filósofo tienen misiones más bien opuestas pero no para que cada uno vaya por su lado puesto que sus cometidos no son nada extraños, antes al contrario constituyen parte esencial de la vida social.

La retirada de Ortega fue una acción meditada y explicada cuando vio que la condición de supervivencia de la legalidad republicana iba a depender, una vez más en España, de una peligrosa condición, a saber, la postura que tomara el ejército y las fuerzas del orden. A la altura de 1933, tras las elecciones de Noviembre, Ortega consideraba efectivamente que se habían dilapidado las otras opciones menos traumáticas. No había nada que hacer sino recomendar a España que por una vez se agarrase bien a su sino²⁵.

En rigor no puede hablarse de fracaso político de Ortega. Lo que fracasó en todo caso fue que su proyecto, tan largamente incubado, no prosperara. La guerra civil no fue sino la expresión más contundente de que habían fracasado *todos* los proyectos, así los buenos como los malos. En ese sentido ni Unamuno ni Ortega fracasaron; el fracaso hubiera sido la abdicación. Claro es que así se hubieran ahorrado muchos problemas y habrían gozado de defensores de su obra y su memoria como ha ocurrido con otros que así optaron, y que por lo mismo han sido ardorosa y eficazmente defendidos. Pero Ortega y Unamuno no se comprometieron sino con lo que creyeron que estaba bien.

Unamuno buscó —con su mejor arma que era el sentimiento— dónde estaba la España que de verdad quería, la auténtica, pero como estuvo casi siempre desorientado porque la vida no es sólo sentimiento sino también razón, no tuvo más remedio que ejercer el supremo derecho humano a equivocarse, derecho plenamente justificado siempre que se esté dispuesto —como él lo estuvo— a rectificar aunque no fuera el momento más conveniente. Es imprescindible dejar constancia del precio que pagó, en su Salamanca, *por no contradecirse*, en las doce últimas semanas de su vida.

Ortega no tuvo necesidad de jugarse el tipo de forma tan heroica porque su heroísmo —el mismo que había expuesto en sus *Meditaciones del Quijote*— consistía precisamente en razonar la realidad y medir las posibilidades antes de tomar decisiones; pero nada de cálculos para ver la mejor manera de escurrir el bulto eludiendo determinadas situaciones a conveniencia (porque eso sería inautenticidad) sino para optar o no,

25 O.C., XI, 539.

sabiendo lo que se hace y con todas las consecuencias. La autenticidad —conviene recordarlo— es también (como en el existencialismo) un ingrediente esencial de su pensamiento filosófico raciovitalista. En definitiva que aquellos dos sensacionales impactos que llevó a cabo Unamuno entre lo de la Plaza Mayor y lo del Paraninfo Ortega lo había ido desvelando poco a poco y sin tanta aparatosidad.

Por caminos bien distintos habían llegado a la misma conclusión —tan honrosa— de no enrolarse pese a las dificultades en ninguna de las dos opciones. En la medida en que se consolidara la situación fratricida de España, tal como luego ocurrió al llegarse a un final de contienda donde hubo vencedores y vencidos, los dos estaban perdidos.

Unamuno había muerto el 31 de Diciembre de 1936. Quedaban sus libros pero esos eran todavía más difíciles de doblegar que él mismo. Algo parecido va a ocurrir con Ortega, que todavía vivirá hasta Octubre de 1955. En sus obras no queda el menor resquicio para la manipulación. Y a este tipo de individuos lo mejor es procurar por todos los medios que no sean conocidos ni leídos.

El sistema para evitar la difusión de sus obras es variado. Con Unamuno, el bando vencedor, que incluso había manipulado su entierro, actuó con saña. Ha sido el español contemporáneo más perseguido además de forma implacable. A otros españoles se les suele perdonar cuando mueren. Pero en el caso de Unamuno se intensificaron las persecuciones y hay un período increíblemente largo e intenso que va desde el final de la guerra civil hasta aproximadamente las fechas del Concilio Vaticano II. El peligrosísimo Unamuno llegaría a tener la mayor parte de sus escritos (especialmente los de tema religioso) en el *Índice* de lecturas prohibidas. Por citar sólo un ejemplo entre los muchos que se pueden espigar sobre los trabajos que se hicieron *contra* Unamuno valga como muestra el libro de Gabriel de Armas²⁶ publicado según un estilo de increíble incompetencia tanto científica como moral y que consiste en destripar los textos y arremeter contra ellos por separado, fuera de su lugar y aplicándole los estrechos criterios de quien lo juzga. Por ese procedimiento se llega a calificarlo de hereje, anticientífico, literariamente discutido o negado su valor, cívica y éticamente reprobable y, sobre todo, *recusable como maestro*. Hay que prestar mucha atención a la última de las acusaciones citadas ya que se trataba de eliminarlo para que no influyera en los jóvenes universitarios; el gusto que producía su lectura era como el gusto de lo prohibido, un placer que conduce al mal.

La condición de maestro será también algo que se le va a negar a Ortega al que también se le había «hecho» un libro como el citado de Unamuno²⁷. Efectivamente Ortega va a fallecer ya en pleno período franquista, junto en unos momentos en que se atisban algunas involuciones internas dentro del régimen. El maestro ha elegido un mal momento político para morir, pues se trata de un símbolo muy aprovechable que hay que evitar a toda costa. Es por eso que pocos días antes de su inminente

26 G. de Armas, *Unamuno, ¿guía o símbolo?* (Ed. Rivadeneira, Madrid 1958).

27 S. Ramírez, *La filosofía de Ortega y Gasset* (Herder, Barcelona 1958).

fallecimiento se envía a los directores de los periódicos una increíble circular diciendo cómo habrá de darse la noticia de su muerte²⁸.

La situación actual es también de rechazo aunque de forma muy peculiar. Ninguno de los dos, como antes dijimos, había estado con el bando vencedor de la guerra pero tampoco con el vencido. Este último se ocuparía con bastante eficacia de mantener vivas (en contra de lo oficial) sus figuras, algunas de calidad mediocre. En las trastiendas de las librerías primero y en los quioscos de periódicos después, ¿quién no ha podido comprar lo que quería? Gracias a que alguien se ocupaba de mantener esos rescoldos, en las nuevas generaciones pudimos deleitarnos con los versos prohibidos de Alberti, García Lorca, Antonio Machado y Miguel Hernández.

No ocurrió así con Unamuno y Ortega y convendría preguntarse seriamente por qué. Acaso no se ha evaporado definitivamente el síndrome partidista de la guerra civil que les había proscrito. De ser así, ésta es una de las tareas más urgentes que cabè emprender.

Por otra parte, tanto la obra de uno como la del otro son increíblemente rebeldes al partidismo, pero sus volúmenes e importancias ponen muy difícil el trabajo de escamotearlas. Ha sido necesario recurrir a un sistema mucho más sutil (y a la larga eficaz) no tan grotesco ni torpe como los del bando vencedor de la guerra, consistente en desacreditarlos haciendo estudios sobre ellos y comentarios donde se muestran sus «incoherencias». Con algunas excepciones notables incluso de autores críticos de sus sistemas, se les reconocía el valor que tenían pero siempre con algún *pero*. Siempre había además en dos autores que dijeron y escribieron tantas cosas, alguna de ellas que convenientemente aislada resultara un claro ejemplo de que no merecía la pena perder el tiempo con quienes la suerte estaba echada desde antes del comienzo de la guerra civil. Queda su obra escrita, siempre válida. En eso Unamuno se ha salido con la suya de seguir viviendo —vibrando— en los lectores actuales. Lo mismo puede decirse de Ortega, aunque no nos dejara testimonio de unas pretensiones semejantes de inmortalidad. Dos filosofías, dos personalidades, dos actuaciones políticas, dos eminentes figuras, frente al más importante suceso de la España del siglo xx. Tan diferentes y tan iguales.

FRANCISCO LOPEZ FRIAS

28 El texto era el siguiente: «Ante la posible contingencia del fallecimiento de Don José Ortega y Gasset, y en el supuesto de que así ocurra, ese diario dará la noticia con una titulación máxima de dos columnas y la inclusión, si se quiere, de un solo artículo encomiástico, sin olvidar en él errores religiosos y políticos del mismo y, en todo caso, eliminando siempre la denominación de maestro». Era una nota de la Vicesecretaría de Educación Popular.